

EL ACEITE Y EL VINO DE LA BÉTICA ENTRE EL PRESTIGIO Y EL MERCADO

OIL AND WINE IN THE *BAETICA*, BETWEEN PRESTIGE AND THE MARKET

Genaro Chic García*

RESUMEN

La cultura, como represión de los instintos primarios, favorece el desarrollo de drogas como el vino que permiten una cierta liberación, lo que explica su éxito religioso –en cuanto pone en contacto lo cultural humano con lo natural divino– y social, siempre que se respeten una serie de normas que fomentan la convivialidad y la economía de prestigio. La unción con aceite, el otro gran licor vegetal, también se moverá en el mismo mundo. Pero ambos irán metiéndose progresivamente en los circuitos de mercado a medida que estos se vayan desarrollando, sin perder nunca su prístino carácter prestigioso. Esto se puede observar bien en la Bética, donde las transformaciones en la política económica de los emperadores se pueden seguir bastante bien a través de los cambios observados en la arqueología de los centros de producción y envasado.

Palabras clave: Economía de prestigio, mercado, religión, Bética, drogas, comercio, administración.

ABSTRACT

Culture, as repression of basic instincts, encourages drugs development such as wine, as it gives people some freedom. This explains wine's religious success as it puts the "cultural" (human) in contact with the "natural" (divine). And it also explains wine's social success, as long as some rules that encourage comradeship and "prestigious economy" are observed. Oil unction, the other big vegetal liquor, will also moves into the same world. But both (oil and wine) will gradually get into the market's circuits as they grow, without ever losing their pristine prestigious character. This fact can be well observed in Baetica, where Emperor's economic policy transformation can be well followed through the observed changes in the archaeology of production and packaging centers.

Keywords: Prestige economy, market, religion, Baetica, drugs, trade, administration.

* Universidad de Sevilla. E-mail: chic@us.es

I. INTRODUCCIÓN.

La economía, como acto público que es, reposa sobre la fe pública (*fides*) compartida, o sea en la confianza. Habitados como estamos a los mercados impersonales, en los que la racionalidad juega un papel muy importante, no solemos reparar en el largo proceso que se ha debido realizar para llegar a una situación tal, dejando así a un lado lo que sigue siendo fundamental: el aspecto emocional que la hace posible. No obstante una mirada a nuestro pasado, cuando la racionalidad estaba más acotada, nos permite un mejor conocimiento del sistema dado que este aspecto era entonces mucho más patente. Y así, si hoy podemos afirmar con rotundidad que el dinero es deuda¹, no debemos pensar que ello es una novedad: la deuda, manifestación de la confianza, siempre fue el motor de la economía.

Es bien conocido que durante tres siglos sobre todo –especialmente tras la Revolución Copernicana del siglo XVII– se ha tendido a exaltar la racionalidad como un pensamiento positivo que se contraponía a otro negativo como era la emotividad, hasta el punto de llegar a un racionalismo (o fe en la razón), de tal forma que una economía que no se rigiese por esta característica (la racionalidad de los mercados) no merecería tal nombre².

No obstante, el desarrollo en el último cuarto de siglo de la neurociencia (gracias al avance de la ciencia informática) ha permitido conocer que en realidad la razón sólo es un instrumento vigoroso para desbastar las creencias (axiomas³) y permitir un mejor conocimiento de la reali-

dad circundante. Y las creencias pertenecen, como siempre se ha admitido, al campo del pensamiento emocional. Ello ha facilitado la comprensión de que junto a los elementos cuantitativos, dominantes en la economía de mercado impersonal, tienen un papel más destacado aún los elementos cualitativos, propios de la economía de prestigio, la más antigua y originaria, que sólo es factible cuando el conocimiento entre los intercambiadores es personal.

Se entiende pues por Economía de Prestigio aquella que se basa en un planteamiento sobre todo emocional. La persona que quiere prosperar en ese campo procura manifestarse de forma destacada ante los demás y demostrar su supremacía haciendo favores a los otros, que a cambio han de reconocer la mayor calidad del ser de esa persona benefactora. La manera de devolver esa deuda de *gratitudo* –pues la gracia (*gratia, gratis*) es el elemento de cambio– es intentando por todos los medios agradecer con el propio comportamiento los favores recibidos procurando hacerle los más posibles al benefactor. Es más, la provocación a través de los favores es la base de la competencia, que sostiene al sistema y que puede llegar a ser agotadora. Propia de los sistemas aristocráticos (en sentido originario: sociedades regidas por la autoridad –que no el poder– de los mejores que guían a las comunidades), la tendencia natural es a la cerrazón de estos en sistemas nobiliarios de poder (que no de autoridad, o sea de la capacidad de seducir a los demás con la inteligencia generosa) a través de la herencia de situaciones de hecho que tienden a convertirse en otras de derecho.

Contra estas situaciones de derecho tenderán a alzarse los grupos que se sienten ahogados por el sistema y explotados, que intentarán hacer valer otras ideas dominantes, como por ejemplo que lo que importa en el desarrollo de una comunidad es la inteligencia racional, que tiende a cuantificar los esfuerzos en un plano de igualdad. El comercio impersonal (no emocional) crea un nuevo tipo de deuda, de límites concretos, cuantificables en el otro medio de cambio que es la moneda. El problema que presenta esta otra postura (que tiende a manifestarse en la Economía de Mercado, basada en la oferta y la demanda sobre bases en principio igualitarias, al contrario de la Economía de Prestigio) es la señalada evolución en la exaltación de lo racional hasta extremos racionalistas, o sea sectarios de la razón, lo que implica un individualismo cada vez mayor y la tendencia a la destrucción del sentimiento social como algo emo-

1 Aunque había perdido su valor legal en 1939, la frase “*El Banco de España pagará al portador la cantidad de X pesetas*” se mantuvo en los billetes de curso oficial –que habían comenzado a emitirse por el Banco de San Carlos en 1783– hasta 1976. Frente al monopolio que obtuvo en 1874 el Banco de España (que no fue plenamente nacionalizado hasta 1962; y recuperó su autonomía en 1994, integrándose en 1998 en el Sistema Europeo de Bancos Centrales) para la emisión de billetes, hoy cada vez más personas, gracias a internet, pueden conocer cómo los bancos han fabricado el dinero de la nada, prestando los mismos depósitos ajenos una y otra vez –con una reserva mínima– para provocar la expansión sin fin de la masa monetaria (ya inmaterial, abstracta) al compás del crecimiento de la deuda. Una economía lógica, ilimitada como la serie de los números, exige un crecimiento ilimitado del dinero-deuda para atender a un consumo igualmente ilimitado. Y por consiguiente un trabajo sin fin (directo o indirecto) para poder mantener el sistema atendiendo esas deudas. Conocido es que en la Roma imperial los días de fiesta llegaron a ser casi tan abundantes como los laborales, cosa hoy impensable. Pero allí el dinero oficial era sólo el metálico, de carácter finito.

2 Es evidente que la luz de la razón ilumina. Pero no deberíamos olvidar que precisamente la luz eléctrica con la que iluminamos nuestras ciudades es la que nos impide ver con claridad las estrellas por la noche (como pasa con el sol durante el día), pese a que éstas son focos de luz mucho más potentes que los nuestros.

3 Se denomina axiomas a las percepciones de la realidad que nos parecen evidentes y que, por consiguiente, no creemos que necesiten demostración. Son creencias acendradas, pre-juicios, sobre las que

el pensamiento científico monta sus juicios. De hecho para que una teoría científica triunfe, como sostenía entre tantos Bohr, 1988, ésta ha de ser bella, y los cambios de paradigma científico no son en eso muy diferentes de los cambios producidos en el campo de las bellas artes. Luego, se expresa a través de un lenguaje distinto: el matemático, que carece de la flexibilidad del habla común.

cional (sentimiento que se sustituye por un contrato carente de emoción, basado sólo en los intereses cuantificados). O sea, que la competencia cuantitativa, en este plano, puede llegar a ser tan destructiva como en el contrario.

De ahí que encontremos, tanto en un tipo de economía como en su complementario –pues ninguna de las dos se da de forma pura nunca, dado que sólo tenemos un cerebro emocional/racional– que la deuda surja como motor de la acción para producir bienes y servicios nuevos que enriquezcan a la comunidad. Y que, como nos muestra un examen histórico del pasado, los abusos de esa deuda –o abusos de confianza– pueden generar situaciones de agobio que en último extremo lleven a la incapacidad de seguir avanzando⁴.

Así pues la confianza, un hecho natural que se da en el plano emocional en los animales, fue abriéndose un nicho cultural a medida que las comunidades se fueron transformando en sociedades en las que se iba apuntando el hecho del Estado y haciendo que sus actividades fueran desarrollándose de formales (o sensitivas) en informales (emocionales o míticas) y técnicas (más racionales o lógicas)⁵.

Decía S. Freud que la cultura produce neurosis⁶. No es de extrañar. Aunque hoy se tiende a dulcificar el sentido de la palabra cultura, entendiéndola como un refinamiento de vida⁷, la verdad tremenda es que implica una represión de

4 De ahí que, como último recurso, para desatascar la situación de parálisis, haya que recurrir a la abolición de un sistema de deudas devenido obsoleto, con el mínimo de perjuicios para las partes acreedoras y deudoras, para comenzar un nuevo ciclo en una dimensión distinta. Dos ejemplos del pasado, como son los de Solón de Atenas (siglo VI a.C.) y César de Roma (siglo I a.C.) pueden ilustrar lo expuesto. En el primer caso hay que resaltar que se trató de una crisis de deudas sin que aún estuviese monetizada la economía. Respecto al segundo –ya en fase monetaria– queremos resaltar la advertencia de Cicerón (*off.*, II, 24. 84) cuando deja claro por qué no se podría haber abolido la deuda entera, pues hubiese significado la destrucción de la confianza (*fides*) que sustenta cualquier Estado.

5 Véase el planteamiento en Hall, 1989, 50-51, 76-77 y 80-83.

6 Freud, 1981 [1930]. El libro de Maffesoli, 1996, refleja muy bien que la cultura humana está regida por el conocimiento de la muerte propia que ha de suceder, el mayor avance intelectual ocurrido en la humanidad (inusitado en cualquier otro animal y que el humano sólo adquiere por aprendizaje, sin que nazca con esa cognición) que le impulsa a huir horrorizado de ese hecho conocido que causa angustia. La cultura intenta refrenar ese terror estableciendo –en el interior de una comunidad– barreras en los comportamientos vitales que se consideran de más riesgo, como son la sexualidad y la violencia mortal. El sacrificio, que exalta la muerte, es así un paralelo de la orgía, que exalta la entrada en la vida.

7 Esta tendencia a despreciar a los que no tienen el mismo grado elevado de represión asumida que nosotros (cultura como valor y no sólo como virtud) se ha dado siempre. Así ya la vemos en Anacreonte (frag. 16), en el siglo VI a.C., como señala Bermejo, 1983, 21-27. Luego la seguiremos viendo en los siglos siguientes, como señala Veine, 1991, 47: “desde el nacimiento de la filosofía y desde la época de Isócrates [436-338 a.C.], ‘ser culto’ quería decir ‘no pensar como el pueblo’; la cultura, ese privilegio, se suma a los privilegios de la riqueza y del poder”. Y esto indudablemente se sigue manteniendo por complacencia de los que se

los instintos naturales con vistas a encauzarlos en el sentido de hacer más agradable el tránsito de los individuos por ella, desde su entrada (nacimiento) a su salida (muerte). Esa alteración, buscada de forma racional, de las condiciones naturales de vida siempre dio miedo. Hoy día ese miedo se manifiesta en la racionalista llamada de los ecologistas. Pero antaño, cuando el pensamiento emocional no había experimentado los embates de la cultura como ahora, la explicación era de tipo mítico: los dioses⁸ sintieron recelo ante el conocimiento adquirido por el hombre y lo condenaron a su expulsión de la vida natural donde era antes feliz.

La religión, al establecer el puente entre las vidas natural y cultural, entre lo divino y lo humano (grosso modo), será la principal encargada de darle a los tabúes o mandamientos culturales un carácter de creencia basada en la fácil asunción de que existen fuerzas que el hombre no puede controlar y a las que hay que aplacar mediante auto-restricciones (tabúes o leyes) para evitar su envidia al compartir el hombre la sabiduría transformadora. Poco a poco va el hombre así creando a Dios a su imagen y semejanza, con una progresiva individualización y antropomorfización (y consiguiente jerarquización) de las fuerzas sobre-naturales. Se le hará, de este modo, responsable de conceptos humanos como son el bien y el mal (que no existen en la naturaleza), en su afán por controlar y encauzar las fuerzas vitales naturales.

La fiesta, en cuanto celebración de la sacralidad de la Naturaleza, es lo contrario del trabajo, la principal de las virtudes en el mundo capitalista actual⁹, como bien supo ver G. Bataille¹⁰. Nosotros, con nuestro racionalismo que

consideran superiores. Su historicidad es nula. El término *agricultura* (o represión y encauzamiento de las potencialidades de un campo) pone en evidencia a través del lenguaje lo que hay detrás.

8 “Y dijo Yabvé Dios: He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros” (*Gen.*, III, 22).

9 La doctrina de la salvación a través del trabajo que adquirió, en Occidente, la fundamentación religiosa a través del cristianismo reformado (protestante, retomando unos presuntos orígenes al margen de la realeza) de J. Calvino, suponía una ruptura radical con el cristianismo católico, que en realidad era una continuación de la manera que tenía en general el mundo antiguo –y en particular el Imperio Romano en el que nació el catolicismo, reconducido por Constantino– respecto a la concepción del trabajo como una tortura (*tripalium* - trabajo) de la que es mejor escapar personalmente aunque haciéndola cargar sobre otros. *Cfr.* Gil, 1955.

10 1997. Véase Campillo, 1996, 16-20, donde señala la importancia cultural del trabajo en la obra de este autor francés: “Por medio del trabajo, el hombre deja de estar en relación de comunicación o de ‘intimidad’ con el mundo, entra en una relación de extrañeza o de ‘exterioridad’ con respecto al resto de los seres, pero también con respecto a sí mismo, a su propia animalidad. El trabajo exige la negación de la satisfacción inmediata del deseo y la subordinación de la acción presente a un fin lejano. Ese fin lejano no es otro que la obtención de los bienes materiales necesarios para la subsistencia; de modo que estos bienes se convierten a su vez en medios para ese otro fin que es renovar la energía

sustituye a la religión, entendemos hoy la fiesta como el día en que tenemos derecho a descansar. En el mundo religioso, sin embargo, la ausencia de trabajo no es un derecho, sino una obligación, pues el trabajo (o esfuerzo regular condicionado) es un insulto a la Naturaleza¹¹.

Tendemos a ver hoy al Estado como liberador de la represión impuesta por la religión¹². Vendría a significar el triunfo de la racionalidad y la fuerza que deben regir a las sociedades, basadas en el contrato social (*contractus*) de individuos en principio iguales, sobre el estatus desigual (*status*) que impera en las simples comunidades, basadas en la emoción colectiva. Pero, bien mirado, se puede decir que la religión se es un paso previo al Estado¹³. De hecho en los textos más antiguos que conocemos, de la Mesopotamia de hace 4500 años, encontramos que el Palacio se va segregando del Templo: lo racional se va a separar progresivamente (sin romper nunca) de lo emocional, que es el campo del que siempre se parte para establecer el marco represivo de la cultura¹⁴. La religión

del cuerpo. Y la energía del cuerpo, a su vez, es la principal herramienta de que dispone el hombre, el medio del que ha de servirse para obtener nuevamente los fines del trabajo. En el mundo del trabajo, todos los fines son relativos, son a un tiempo medios para otros fines, de modo que unos y otros se sitúan en el mismo plano, se remiten entre sí circularmente, en una cadena interminable. El propio hombre se convierte en un útil, en un elemento funcional de la cadena reproductora, y todas sus acciones deben subordinarse a ella. El hombre no adquiere condición de sujeto (separado del mundo de los objetos, capaz de conocerlos y utilizarlos para su provecho) más que convirtiéndose, simultáneamente, en un objeto para sí mismo, en una cosa clara y distinta, susceptible de ser conocida, y utilizada". El temor de la muerte le empuja a ello.

11 Fuera del marco cultural los animales no trabajan, sino que se esfuerzan. Es lo que hacen aquellos mamíferos más próximos al hombre, por lo que se podría considerar una actitud natural. Por ello la consideración del trabajo, como algo condicionado, era baja, impropia de un verdadero hombre libre, que debería vivir en un *otium laboriosum*, y procurar con su *virtus* someter a los inferiores –en la forma jurídica que mejor conviniese a cada caso– a trabajar para satisfacerlo a él. El hombre no se había posicionado todavía claramente frente a la naturaleza, a la que consideraba su madre y no su sirvienta, como sucedería tras la Revolución Copernicana.

12 La evolución en este sentido ha sido lenta. Está mucho más avanzada en los países de religión cristiana que en los de musulmana, como es bien sabido, posiblemente por el mayor individualismo político (de *polis*, en sentido originario) que subyace en la primera de estas civilizaciones.

13 Bloch, 1992, entiende que la religión y la política son dos caras de una misma moneda: el poder. Desde nuestra perspectiva actual la ilusión del Estado será su progresiva independencia de la Religión, al tratarse en el primer caso de una forma cultural más avanzada; y en la medida de lo posible procurará prescindir de ella en cuanto se pueda, al menos como actividad pública (reduciendo la religión al ámbito de lo privado). El Estado procurará potenciar sus propios valores (o creencias interiorizadas: gobernar es hacer creer) para conseguir una autorrepresión que permita al mismo tiempo –paradójicamente si se quiere– el desarrollo de una libertad cultural, de jaula, distinta de la salvaje o natural.

14 Un sistema económico distributivo palacial exigía tanto la fuerza para establecer el orden en los repartos como una nemotecnia

(de *religere* o *relegere*, religar o volver a elegir) intenta establecer un puente (*pontem facere* → pontífice) entre la vida natural y la cultural, entre Estado y Salvajismo.

No es, con todo lo contrario del Estado, sino su válvula de escape, que reprime al mismo tiempo que alivia. Reprime (la religión también es cultura, como evidencia la palabra “culto”) afirmando el control –como siempre a través de las creencias en principio– sobre los aspectos biológicos fundamentales de la vida humana, como son el instinto reproductor y el matador; y alivia estableciendo fiestas, en el marco cultural, que permitan acceder en el marco comunitario a la satisfacción de esas necesidades básicas. De ahí que, como estableció G. Bataille, las dos fiestas fundamentales son las orgías (suestras vigiladas del instinto sexual) y los sacrificios o reconocimiento controlado de la sacralidad (*sacrum facere*) de la acción de la matanza¹⁵; fiestas que pueden estar ligadas entre sí desde luego¹⁶. Recuérdese que la sacralidad es el sentimiento (no el razonamiento) de la realidad.

Pero, por mucho que se las reprima, desde el palacio y/o el templo, las tendencias salvajes –o naturales– siguen existiendo y se manifiestan, por ejemplo, en el desarrollo del consumo de drogas que permitan la evasión del sentimiento de represión¹⁷. De hecho lo que se busca con el consumo de drogas es romper las barreras asfixiantes del individualismo al que induce la racionalidad del Esta-

que facilitase la contabilidad, lo que habría de llevar a la escritura, que es una gran favorecedora de la racionalidad en los planteamientos, al fijar los datos y permitir su objetivación. Cfr. Ronchi, 1996.

15 La muerte es una de las dos partes fuertes de la vida, la que marca su salida como el nacimiento señala su entrada. No se puede vivir sin matar (nada se ingiere sin destruirlo), aunque el Estado nos reprima esa idea para apropiársela en exclusiva. Por ello desde hace mucho tiempo se sostiene entre los estudiosos del tema que el sacrificio, la sacralidad de la muerte, tiene la virtud de poner en contacto lo que está pleno de ser, la divinidad (el todo), con lo que ha perdido su energía en el desgaste de su vida individual (parcial) y necesita reponerla en el contacto, o sea el hombre. Algo así como si de vez en cuando se necesitara recargar la batería del móvil enganchándolo a la red eléctrica. La fiesta es pues la recuperación de la alegría-dolor de la vida en el marco de la Naturaleza, como bien lo supo ver G. Bataille, 1997, cuando ofrece la idea de ‘sacrificio’ como la recuperación por el ser humano de la muerte como algo que gusta a los dioses, o sea algo que está puesto por ellos en el orden natural de las cosas y que el hombre trata de prohibir en su marco de convivencia por el terror que le causa el conocimiento –que le es propio– de que le ha de afectar necesariamente.

16 En un marco culturizado, la religión, que tiende a apropiarse de la fiesta, intenta a través de hombres dotados de sacralidad (sacerdote), o sea considerados por sus contemporáneos como más llenos de ser que los simples humanos corrientes, encajar estos sentimientos salvajes complementarios en el marco de la cultura.

17 Según datos de la ONU de 2003, el tráfico de drogas ilícitas es la “tercera mercancía mundial en generación de efectivo tras el petróleo y el tráfico de armas” (*The Independent*, 29 de febrero de 2004). A ello hay que sumarle las drogas legales.

do (tan beneficiosa por otro lado para la preservación de los individuos, aunque quizás no tanto para la de la especie). Una de esas drogas, la más antigua que conocemos pues se puede ligar casi al comienzo de la agricultura¹⁸, es el vino, que desde siempre estuvo ligada a las fiestas religiosas (el que figure en el acto religioso fundamental del cristianismo no es una casualidad). Y en concreto sabemos que estuvo ligado a las fiestas orgiásticas (u orgásmicas), en las que se daba la exaltación de la sexualidad salvaje¹⁹ (refrenada por la institución del matrimonio o privatización de la cópula) representada por el mundo femenino de las *ménades* o “locas”. Es lo que vemos en el antiguo mundo griego, con el culto a Diónyos, donde las procesiones fálicas constituyen un elemento esencial de las fiestas²⁰; o en el romano con el correspondiente de Baco, Iacco o Liber²¹, *puer aeternus*²², encargados de dicha droga²³, que pronto pasó a ser concebida como sangre de los dioses (la carne en cambio la pondría el cereal: Ceres, Démeter...²⁴). La ingestión de la carne y sangre de

18 Un equipo de arqueólogos ha descubierto en una cueva de Armenia, situada en la provincia armenia de Vayotz Dzor, fronteriza con Irán y Turquía, la unidad completa de producción de vino tinto más antigua del mundo. Los restos tienen 6.100 años y prueban que ya en la edad de cobre se realizaba el proceso de elaboración de vino (Barnard *et al.*, 2010, 1-8).

19 Plinio (*nat.*, XIV, 28) se lamenta amargamente de los efectos de esta droga que “*priva al hombre de la razón y lo conduce al frenesí y a la comisión de un millar de crímenes*”, especialmente a los ligados a la sexualidad, haciendo cualquier cosa por lograr su consumo. De hecho, se ha convertido en todo un proverbio común, que “*en el vino está la verdad*” (*volgoque veritas iam attributa vino est*).

20 Nilsson – Croon, 1976². Sobre el valor simbólico del falo y su uso en la España antigua, así como su relación con el vino, puede verse Baños, 2005.

21 Varrón (*rust.*, I.2.19) asimila claramente el romano Líber al griego Diónyos. Sus fiestas eran los *Liberalia*: el 17 de marzo en honor de este dios. Nos dice que se debían sacrificar cabras. El canto del cabrón (τράγος - *tragos*) fue la principal fiesta ateniense: la tragedia (τραγωδία). No es una casualidad que un acto importante que se desarrollaba el día de las *Liberalia* fuera el rito de paso de la niñez a la juventud. En estos momentos de crisis (cambio) en que se manifiesta la debilidad humana, la fortaleza de la realidad divina vigoriza a quien recibe en el sacrificio (recuérdese que se comía en comunión la víctima) el alimento espiritual revivificador. Y el vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, sangre de la vida, juega un papel importante en el rito. *Cfr.* Santapau, 2005. Recuérdese que la palabra latina *liber* significa tanto ‘cepa’ como ‘libre’. Evidentemente hace referencia a un tipo de libertad distinto del cultural.

22 *Ov., met.*, IV, 17-18: *tibi enim inconsumpta iuventa est*.

23 El vino era el medio por el cual Diónyos permitía a los humanos alcanzar el conocimiento, específicamente por medio del éxtasis orgiástico. Sobre este tema puede verse lo expuesto por Serati, 2010.

24 Kerenyi reseña: “*El pan y el vino son las fuentes naturales de las cuales el griego empieza a extraer la santificación del festín mucho antes del cristianismo. La santificación mediante el pan forma parte de la bendición que recibe la humanidad por medio del trigo y que el mundo griego conocía y reconocía desde el himno homérico a Démeter como regalo y misión de los misterios eleusinos; hizo incluso que las víctimas*

la divinidad es anterior al cristianismo, como es sabido²⁵. Se encuentra en los ritos orgiásticos de Diónyos, donde primitivamente se daba la antropofagia o canibalismo ritual para incorporar la vida aún palpitante en la carne y la sangre de la víctima recién sacrificada²⁶.

La represión implícita en el control de lo permisivo fue avanzando, pese a los retrocesos parciales, conforme fue pasando el tiempo, y así, por ejemplo, el sacrificio fue dejando de ser sangriento en la práctica para convertirse en sólo simbólico, como vemos en el cristianismo, que no por casualidad terminó siendo vencedor como ideología de estado²⁷. El refrenamiento fue sin embargo mayor desde el principio en las fiestas orgiásticas, posiblemente por la mayor implicación de la mujer en las mismas²⁸, en unos estados que se iban desarrollando en base a virtudes (*vir* = varón) represivas basadas en la fuerza, que dieron

sacrificiales fueran sustituidas por formas de masa. Y la santificación mediante el vino, un regalo de la religión dionisiaca, hizo aparecer otro aspecto del festín antiguo: el del simposio que, banquete de los coronados y oficio divino al mismo tiempo, constituye un capítulo aparte de la historia de la cultura de la antigüedad” (Kerenyi, 1999, 168).

25 Hacia 44 a.C. (el mismo año del asesinato de César) el racionalista Cicerón (*nat.*, II, 23. 60 y III, 16. 41) se sentía incómodo por el comportamiento absurdo de las personas que llamaban “*Ceres al trigo, o Liber al vino*”, preguntando: “¿*Crees tú que puede haber alguien de mente tan perturbada como para creer que el alimento que come es un dios?*” al tiempo que negaba que un hombre pudiese ser dios. O sea lo contrario de lo que era evidente para el autor del Evangelio de Juan (VI, 51-58), escrito hacia 65-95 d.C.: “*Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo*” (51). Recordemos que la palabra *hostia* (víctima expiatoria) tiene el mismo origen que *hostire*, que significa tanto ‘golpear’ como ‘pagar como devolución’, lo que implica una economía de prestigio mantenida con el mundo divino. *Cfr.* Godelier, 1998, 25 y 50-51. Como diría K. Kerenyi, no representa, sino que se identifica con la divinidad. La transferencia de gracia (*kharis*), sobre la que se apoya la economía de prestigio, queda patente en el término ‘eucaristía’ (la buena gracia).

26 Es interesante este aspecto de culto mortuorio que se encuentra también en los ritos orgiásticos. *Cfr.* Hernández, 2005.

27 La supresión de los espectáculos sangrientos no es más que un paso en la expropiación del ansia de muerte de los individuos que los Estados buscan reservársela en exclusiva para ejercerla fuera de la comunidad (como se ve en la abolición de la pena de muerte). No obstante la resistencia de las comunidades ha hecho que los vaivenes en este sentido se hayan producido, con épocas de mayor o menor tolerancia (corridas de toros, por ejemplo), lo mismo que ha sucedido con las fiestas orgiásticas. No obstante la tendencia dominante es a la supresión.

28 Los hombres siempre temieron a la superioridad de las mujeres en el plano del sexo. *Prov.*, (atribuidos a Salomón,) XXX, M 15. *Sanguisugæ due sunt filie, dicentes: Affer, affer. Tria sunt insaturabilia, et quantum quod numquam dicit: Sufficit. 16. Infernus, et os vulvæ, et terra que non satiatur aqua: ignis vero numquam dicit: Sufficit* (trad.: “*Las sanguijuelas tienen dos hijas, que dicen: ¡Dame, dame! Tres cosas hay que son insaciables, y una cuarta que nunca dice ¡Basta! El infierno, la boca de la vulva, la tierra que no se harta de agua y el fuego que nunca dice ¡Basta!*”).

origen a los estados como los conocemos hoy²⁹. De ahí que si bien se concedía que la ingestión de vino podía situar al hombre en vías de liberación natural, a las mujeres se les tendió a prohibir su bebida³⁰. Téngase en cuenta que en sociedades donde la desigualdad –propia de la naturaleza– aún era concebida de forma positiva, el hombre no podía retar a los dioses metiéndose en su plano, cosa que se podía perpetrar a través de la *ebrietas* (ebriedad, borrachera) o ὕβρις-*hybris* (ivresse, borrachera, en francés)³¹ al poner a los hombres en un plano de comunicación universal, propio de las divinidades³², pudiendo provocar la envidia de estas y destruir a las comunidades que les permitían tal comportamiento (tragedia)³³. De ahí que, hasta que se desacralizó la vida con el triunfo progresivo de la razón como medio de relaciones (avance de la cultura), el vino –que ponían en camino de la euforia divina– debiera ser bebido atemperado con agua, pues sólo los dioses lo bebían puro. Como aún se mantiene en la celebración sacrificial de los cristianos católicos.

29 Ford Russell, 2003, 82-83.

30 Cfr. Plin., *nat.* 14.14.89. No obstante Plinio (23-79 d.C.) era un gran defensor del vino: “Hay dos líquidos que son especialmente agradables para el cuerpo, dentro el vino y el aceite fuera” (Plin., *nat.* 19.29.150). Aulo Gelio, en sus *Noctes Atticae* (X, 23.3), pone en el mismo nivel delictivo la fornicación adulterina de una mujer y su consumo de vino.

31 Ernout – Meillet, 2001, 190, al estudiar el término *ebrius* (borracho), sólo se atreven a decir que, evidentemente, se opone a *sobrius*, y que “sería antiguo, pero no se encuentra en otra parte nada que responda al mismo, y sobre el origen de *ebrius* no se pueden hacer más que hipótesis no controlables”. No lo consideraron en relación con la cultura en el sentido que lo hemos hecho nosotros.

32 Lo expresaría de forma magistral Nietzsche 1969, 27: “Bajo el encanto de la magia dionisiaca no solamente se renueva la alianza del hombre con el hombre: la Naturaleza enajenada, enemiga o sometida, celebra también su reconciliación con su hijo pródigo, el hombre... Entonces el esclavo es libre, caen todas las barreras rígidas y hostiles que la miseria, la arbitrariedad o la ‘moda insolente’ han levantado entre los hombres. Ahora, por el evangelio de la armonía universal, cada uno se siente no solamente reunido, reconciliado, fundido, sino Uno, como si se hubiera desgarrado el velo de Maia y sus pedazos revoloteasen ante la misteriosa ‘Unidad primordial’. Cantando y bailando, el hombre se siente miembro de una comunidad superior... el poder estético de la naturaleza entera, por la más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez”.

33 Chadwick, 1996, 292-296, señala que *hybris* tiene el sentido de un comportamiento que hace a una persona odiosa, sobre todo para los inferiores, porque va en contra de la ley o tabú, y que puede tener también connotaciones sexuales en forma de abusos voluntarios. Está más en sintonía con un mundo antiguo, que cree en la vergüenza social si falla la acción, más que en la culpa. Véase Fisher, 1992. *Hybris* es un concepto que denota relación interpersonal. Es la imposición de uno que desconoce los derechos del otro y está ligada a la *timé* o estima social de una persona. Una borrachera de poder. De Santis, 2009. Perteneció al mundo místico (materno) que se opone al profético (paterno). Domínguez 2001. Ateneo lo señala en *Deip.*, X, 427.E: “El bronce es el espejo de la forma exterior, el vino es el espejo de la mente”. Y Plutarco cree que las dos son necesarias, siendo lo ideal un equilibrio que huya de la borrachera y sin embargo alegre el espíritu haciéndolo creador. Véase Grivetti, 2000.

Borrachera-orgasmo y banquete-sacrificio tendieron así cada vez más a ser regulados y reprimidos (piénsese en la *misa* o *mensa* de los primitivos cristianos³⁴, cómo fue derivando hacia formas cada vez más ritualizadas y secas) en beneficio del poder de los sacerdotes, normalmente en asociación-tensión con los guerreros o *andres politikoi* (la *polis* es el centro de guerra o *pólemos*).

En estas ceremonias orgiásticas el elemento menos cultivado jugaba el papel más importante, de ahí que, cuando un nuevo líder quería hacerse seguir, se favoreciera especialmente este tipo de cultos (como hicieron César y Marco Antonio en Roma³⁵ o Pisístrato en Atenas) para luego, ya desde el poder, intentar reconducirlos³⁶. Frente al individualismo racionalista del guerrero, el ser para la muerte³⁷, se alzaba la experiencia psicológica del dionisismo, que era esencialmente “colectiva” y “contagiosa”³⁸, más propia del mundo femenino, donante de la vida, donde la continuidad emocional predomina sobre lo discontinuo. Ese mundo del *komos* (κῶμος) que se burla de la seriedad de las leyes de la aristocracia y busca continuamente subvertir su orden. Lo salvaje contra lo culto, el campo contra la ciudad³⁹. Y cuando un líder quería soltar esas fuerzas contenidas para que le auparan al poder, entonces se abría hacia ellas, al menos hasta situarse en situación de encauzarlas de nuevo⁴⁰.

34 Sobre el consumo de vino en las fiestas de Deméter o Ceres, a las que se asociaba el culto de Díónysos o Baco, durante la ceremonia o en el banquete subsiguiente, puede verse Schmitt Pantel, 1995, 88-89. Sobre su significado en el cristianismo, Molina 2005. Sobre el sentido de esta ebriedad divina en distintos pueblos ha tratado Jordán Montes, 2005.

35 Carotta, 2009.

36 Algo así como lo sucedido con ese paréntesis anual que han sido los carnavales o carnestolendas (de *carne*, carne, y *tollere*, elevar o quitar, indistintamente), donde se daba rienda suelta en un “adiós a la carne” a las pulsiones naturales que inmediatamente después eran reprimidas de modo especial durante el período de cuaresma. Véase lo indicado por Iriarte, 1996, 55-56: “Siendo al mismo tiempo dios y hombre, varón y femenino, griego y frecuentador de espacios y civilizaciones bárbaras, [o sea, católico] el Dioniso de Las Bacantes aparece ante todo como un burlador de la frontera entre lo ilusorio y lo real, como un transgresor de las categorías normativas más sagradas. Tales son los elementos, ‘irracionales’ desde el punto de vista de la razón política, a los que el culto de Dioniso otorga un reconocimiento en el ámbito ciudadano, elementos cuya existencia Penteo, al igual que la propia polis, se resistirá a reconocer y que, como hemos ido viendo hasta ahora, la tragedia se complace en confrontar al orden cívico”.

37 Clastres, 1981, 238-240.

38 Daraki, 2005, 7-10. La fiesta ha de ser siempre colectiva, como el comer –*cum-edere*, ingerir en compañía (συσσίτιον)– o el simposiar (συμπόσιον) –beber en compañía–.

39 *Divina Natura dedit agros, ars humana aedificavit urbes*, dice Varrón en su tratado sobre la agricultura (*rust.*, III.1.4).

40 Sabido es que la tríada de *Ceres*, *Liber* y *Libera* era terrestre y plebeya, y se oponía claramente a la celeste y patricia del Capitolio (Bayet, 1984, 158; cfr. García, 1989, 219).

II. PRODUCCIÓN Y EL COMERCIO DEL VINO Y DEL ACEITE EN LA BÉTICA.

Con estas ideas en la mente podemos abordar el rápido desarrollo de la producción y el comercio del vino y del aceite en la Bética. Pues aunque no hayamos hablado hasta este momento sobre la sacralidad o carácter prestigioso de esta grasa vegetal o santo oleo, no es muy difícil rastrear el mismo, sobre todo en este mundo mediterráneo donde se concentra el 98 % de los olivos en la actualidad⁴¹. A nadie le extraña que el gaditano Columela (V, 8, 1) lo considere “*el primero entre todos los árboles*”⁴², mientras Plinio (*nat.*, XIV, 29, 149) lo llamaba *necessarius*. Procedente de un árbol muy longevo (hasta 500 años), sirve para iluminar a los hombres y exige mayores trabajos de ingenio que los requeridos por la manteca de los ganaderos. Su prestigio estaba pues ligado al de la agricultura, y era por tanto “más humano” que aquella, que transformaba menos la Naturaleza. Se comprobó pronto que además era la grasa más saludable (hoy sabemos que no tiene esteroides en forma de colesterol) y era un buen conservante. Cualidades todas que hicieron que el aprecio que se le tuvo, como conservador de la vida, surgiese muy pronto (en el mundo ritual estar “ungido” equivaldría a estar dotado de un carácter mágico) y que se difundiese con rapidez por todo el área mediterránea, donde el clima era más propicio. Su cultivo equivalía a un grado elevado de civilización, y su prestigio fue enorme, acompañando el consumo del aceite de oliva a los conquistadores que se adentraban en tierras extrañas, fuesen o no idóneas para la olivicultura.

Los trabajos de E. García Vargas están mostrando hasta qué punto se puede considerar ajustada la expresión de Estrabón (III, 6, 144-145) de que el sur de Hispania exportaba vino en cantidad y aceite no sólo en canti-

dad sino también de la mejor calidad, de lo que “*hablan con claridad el tamaño y el número de sus barcos, pues sus enormes naves mercantes navegan rumbo a Dicearkeia (Putteoli o Pozzuoli, en el golfo de Nápoles) y Ostia, el puerto de Roma, rivalizando casi en número con las libias (de la provincia de Africa)*”. Si lo de la exportación del aceite y el vino es algo que corresponde sobre todo a la época del autor (Augusto-Tiberio) los contactos comerciales con las zonas indicadas hoy sabemos que son anteriores. Nos dice nuestro investigador sevillano⁴³ que el material de importación procede en su casi totalidad (para un rango de fechas situado entre 100 y 20 a.C.) de la Campania o de zonas directamente relacionadas con el tráfico portuario de *Puteoli*: Delos, Brindisi, Ibiza, Egipto/Palestina. Las importaciones de ánforas itálicas presentan las pastas características del área vesubiana y, en menor medida, del área adriática que sirve de puente entre el centro de Italia y Oriente, especialmente Apulia (de donde se tomaría el modelo de las futuras ánforas olearias Dressel 20).

Puteoli, en el golfo de Nápoles, era una colonia romana, fundada en 194 a.C. en el sitio de la antigua *Dicearquía* griega, que se convirtió no sólo en el puerto comercial más importante de la península, sobre todo por el comercio con Oriente, sino también en uno de los más activos de todo el Mediterráneo. Era ese momento el comienzo de una etapa realmente gloriosa para la sociedad romana, después de la victoria sobre Cartago en 202. La economía romana, de carácter fundamentalmente prestigioso, pasaba a integrarse en una unidad fecunda con la economía de mercado monetizado que habían puesto en vigor los griegos, asentados desde cuatro siglos antes en la región meridional de Italia. Roma comenzaba a ser un gran centro de poder, no sólo político y militar, sino también económico, adonde acudían los que estaban interesados en el mercado de capitales pero también las masas campesinas que buscaban oportunidades en la ciudad. Y con ellas comenzó a tomar fuerza política una forma religiosa más antigua que la propia del estado ciudadano romano. Me refiero a la ya antes citada religión orgiástica, centrada en torno a figuras divinas como Líber, Baco o Pan, cuya importancia entre los griegos (bajo el nombre de Diónysos, asimilado al macho cabrío) es tan conocida, sobre todo a través de su manifestación cultural de la tragedia (de *tragós*, macho cabrío).

Esos romanos guerreros, que acababan de lograr el éxito militar y que se enorgullecían de llevar puestas sus

41 Mattingly, 1996, 213.

42 Es interesante la opinión de Spanier, 2010, acerca de este personaje, que, como lo planteó en general P. Veyne, ya no puede esperar grandes éxitos como militar (que lo fue) en la época imperial que le había tocado vivir; por ello, mientras sigue la doctrina estoica en la que se combina el respeto a la Naturaleza con el perfeccionamiento personal, alienta a sus pares a buscar el éxito en el dinero obtenido con una paciente dedicación a una agricultura orientada a obtener excedentes para comercializarlos. Y nada mejor para ello que dedicarse a la producción de vinos, que al no ser un artículo de primera necesidad tenía –como suele ser– un valor añadido más alto, aunque eso exigía dedicación al *negotium* (al *no otium* u ocio) y capacidad de invertir con riesgo, como si se tratase de una empresa militar, con toda su escala de mandos, que es lo que la autora percibe. Hay por ello en Columela una inclinación al mercantilismo que nos acerca al capitalismo, lo que no fue frecuente en el Imperio Romano, sobre todo después de Nerón. El capitalismo industrial, que es el que ha marcado nuestra época, aún tardaría en aparecer. Una visión sobre esta dedicación de Columela a la viticultura en Tchernia, 1986, 209-214.

43 García Vargas, 2010a.

corazas –como dice Plinio en el siglo I d.C. cuando echa de menos aquellas antiguas costumbres (Plin., *nat.*, XI, 27)– veían con indignación la tendencia salvaje de esa plebe campesina que comenzaba a hacer furor entre los ciudadanos. Sobre todo desde el momento en que esos rituales orgiásticos (*orgiasmós* u orgasmo), aquí llamados bacanales, comenzaron a tener formas organizativas que podían hacer sombra a los de la religión oficial (Liv., XXXIX, 8-19). Por eso en 186 a.C. el senado emitió un senadoconsulto obligatorio que prohibía tales actos orgiásticos, tan inmorales, y en último extremo los sometía a previa autorización.

Se intentaba así poner freno violento a lo que eran pulsiones o instintos naturales de fecundidad y de muerte. El consumo del vino siguió existiendo, pero en principio estuvo limitado al acompañamiento de la comida (y mezclado con agua, como signo de respeto religioso), en especial de la del pan, que pronto tuvo un carácter sacramental, como se ha indicado.

Roma, hecha rica por sus victorias sobre Macedonia y Siria, se convertía en la heredera de la gran expansión comercial que se produjo en el Oriente tras la conquista de Alejandro III Magno de Macedonia de todo el Imperio Persa. Aquel hecho había puesto a disposición de los mercaderes griegos una enorme cantidad de metales preciosos, hasta entonces acumulados en los palacios según las directrices de la economía de prestigio y ahora volcados hacia la economía de mercado desarrollada a partir de las *poleis* griegas. La monetización de la economía fue enorme y trastocó todos los esquemas sociales anteriores. El nivel general de bienestar progresó y con ello los planteamientos dionisiacos, ligados al consumo del vino, se dispararon bajo las monarquías helenísticas. Lo que afectó, lógicamente al sistema productivo, de forma que las fincas agrícolas abandonaron progresivamente las tendencias a la autarquía y se abrieron a la producción para el mercado. Ni que decir tiene que uno de los principales productos lanzado de esta manera al mercado fue el vino. Pues bien, Roma se muestra desde ahora cada vez más abierta a esas tendencias heredadas con su victoria, y la *villa* esclavista pasa convertirse en el eje de su sistema productivo con vistas al mercado.

La zona de Campania estuvo entre las pioneras de esta transformación. Y en ella *Puteoli* era el puerto más destacado, con dársenas comunicantes entre sí y un espigón que lo defendió desde el siglo II a.C. Pronto se convirtió en un puerto de acogida de los barcos de todas partes, destacando por su importancia los procedentes del Este, que comunicaban con el Lejano Oriente a tra-

vés de los tráficos establecidos desde Alejandría en el área del mar Rojo, que comunicaba con India y las zonas aledañas a China. A cambio de lo importado, daba salida a la producción de los productos elaborados (el vino entre ellos) de Campania o hechos llegar previamente allí.

La religión políada estatal se vio afectada por ello, como era de esperar, y las masas, cada vez más pobres al perder sus parcelas en las crisis económicas que –como siempre– favorecían a los grandes propietarios, ganaron paradójicamente influencia como comparsas de los políticos ambiciosos que les ofrecían su protección a cambio de su voto, que era lo único que les quedaba por vender. El dinero tomaba vida propia y desplazaba al prestigio de su primacía como motor de la economía. Ahora, frente a la virtud masculina del esfuerzo regulado, símbolo supremo de la cultura de la Urbe, se alzaba la tendencia más natural a holgar (*follicare*) de las masas campesinas, con su gusto por la ruptura de esas mortificantes reglas culturales y más dadas a vivir en la medida de lo posible en un marco de fiestas. Fiestas que eran patrocinadas por los dirigentes, al principio en el marco del Estado pero luego –cuando se impuso el individualismo en la política (Imperio)– como una forma de promoción clientelar del emperador. Los derechos políticos de antaño, se cambiaban por una sumisión al jefe a cambio de que éste otorgara a los pobres un estado de bienestar: espectáculos, repartos de comida y banquetes en los que el vino se convirtió en un elemento indispensable. Las fiestas (que implican no trabajar) llegaron a durar 186 días al año en Roma, como se dijo.

Tras las guerras civiles del siglo I a.C. el sur de la península Ibérica, y en particular la zona del bajo Guadalquivir, iba entrando de forma acelerada en esta nueva manera helenística de contemplar el mundo que Roma, la potencia administradora del territorio, había venido asumiendo ya con anterioridad en la propia Italia⁴⁴. La colonización emprendida por César (un hombre dionisiaco populista) y continuada y desarrollada después por su heredero Octaviano Augusto, debió ser un acicate extraordinario para la extensión no sólo del gusto por el vino sino también por los cultos dionisiacos, celebrados especialmente en primavera, en la que luego el cristianismo (con elementos dionisiacos evidentes) situará su

44 Sobre los precedentes de la afición al vino en esta zona puede verse Jiménez – García Fernández, 2006. La tradición técnica ha sido puesta en evidencia por Peña, 2010, 214-218 (uso de *opus spicatum* en la impermeabilización de los suelos de los lagares; prensas de viga accionadas por un mecanismo de tornillo; molino rotatorio cilíndrico en la molienda de la aceituna; ausencia de indicios del uso de *dolia defossa* para almacenamiento –de aceite o de vino– o vinificación, etc.).

Semana Santa. En cualquier caso el predominio de los temas báquicos en los mosaicos de las casas acomodadas del valle del Guadalquivir es innegable.

Señala también E. García Vargas⁴⁵ que mientras que en todos los alfares de la costa bética la romanización de las producciones anfóricas es casi total en los últimos decenios del siglo I a.C., habiendo desaparecido casi totalmente la producción de ánforas de tipología púnico-gadirita (T.7.4.3.3) y con una circulación de Dressel 1 provinciales prácticamente testimonial, en el valle del Guadalquivir la romanización de las producciones cerámicas parece un fenómeno algo posterior.

Para el mismo autor⁴⁶, que ha estudiado la evolución desde el análisis se la cerámica de envasado, el despegue de la producción anfórica propia de la zona habría comenzado en el valle inferior del Guadalquivir con un período formativo, entre aproximadamente 70 y 45 a.C., tras las guerras sertorianas, cuando se comienza la producción de contenedores de tradición turdetana del tipo Pellicer D; las primeras evidencias de la producción de imitaciones del ánfora vinaria italiana Dressel 1A-B; y los inicios de la producción de las ánforas LC 67, y Haltern 70 y Clase 24/Oberaden 83 del Guadalquivir.

Luego vendría un período de consolidación, entre 45/40 a.C. y 20/15 a.C., cuando pervive una cierta producción local de Pellicer D y Dressel 1 B-C, y se dan las primeras producciones masivas de Haltern 70, LC 67 y Oberaden 83/Dressel 20 documentadas por ahora en alfares suburbanos del entorno de *Carmo* o en contextos de circulación regional de *Italica*, *Ilipa* e *Hispalis*⁴⁷. Asistimos ya a una regionalización del consumo en las áreas de producción y una comercialización externa hacia la costa del Algarve portugués y Sierra Morena Occidental, así como hacia el levante peninsular y el eje Ródano-Rin, donde se sitúan los principales ejércitos del Occidente romano.

No sería sin embargo hasta el período de expansión, durante la época tardoaugustea y tiberiana (15 a.C.-40 d.C.), cuando se diese la aparición de los primeros alfares rurales de Haltern 71/Dressel 20 (para aceite) en el entorno de las ciudades del valle medio del Guadalquivir, al mismo ritmo en que se va extendiendo la explotación del campo desde *villae*. Se caracteriza por la producción masiva de las ánforas Haltern 70 (para productos derivados de la vid) en estos mismos enclaves y, sobre todo, en la zona de la desembocadura del Guadalquivir y en sus

marismas; mientras, se produciría el surgimiento o consolidación de otras tipologías regionales (para el vino), como las Dressel 2/4, Dressel, 28, o ánforas tipo *urceus*, al tiempo que se asiste al fin de las imitaciones de Dressel 1 y de las formas turdetanas del tipo Pellicer D. Es ya ésta un época de exportación masiva hacia el Atlántico, tal vez en relación con el abastecimiento militar de los emplazamientos militares del noroeste de la península, y hacia el Mediterráneo, relacionada con el abastecimiento del mercado civil de Roma y, sobre todo, del militar del *limes*. Dado que la Bética no está atestiguada como gran exportadora de aceite (el producto estrella de esta región) hasta la aparición de sus ánforas en Rödgen (hacia 10 a.C.) y que los olivos necesitaban una decena de años para poder alcanzar la plena producción, hay que retrotraer su siembra intensiva hacia los años 20 del siglo I a.C. A juzgar por los resultados, la plantación de olivos hubo de ser bastante masiva.

Fue esta época de gran expansión económica en la Bética. Ello generó un optimismo claramente perceptible pues, como refiere F. J. Navarro⁴⁸, fue “*durante los gobiernos de Augusto y Tiberio, en cuyos años se erigió el 36% de todas las estatuas [de los emperadores y de sus familias] de los siglos I y II, proporción que crecería si incluyéramos también los tituli sacri*”. Se cultivó la vid, pues esta antigua droga euforizante no hizo sino propagarse en el gusto consumidor (desligado ya de la comida) sobre todo a partir del reinado de Tiberio, cuando se extendió el uso de beber con el estómago vacío y tomar vino antes de comer⁴⁹, pero su envasado está poco atestiguado en la zona del medio Guadalquivir⁵⁰, pese a la abundancia de mosaicos de tipo báquico. Indiscutiblemente el peso mayor de las exportaciones estuvo en el aceite.

La época de Claudio (41-54) fue posiblemente de la de mayor desarrollo económico de la zona, a juzgar por

48 Navarro, 2000, 42. Cfr. Garriguet, 1997, 62. Pueden verse al respecto nuestros trabajos de 1991 y 1997. Durante esa época las ciudades se convirtieron en lugares donde se hacía manifiesta la gloria de las elites, tanto la imperial como las locales o regionales, quienes se gastaban el dinero extraído de la gestión de sus fincas y de otros negocios más o menos especulativos en monumentalizar los centros urbanos, al tiempo que se ofrecían –en medio de sacrificios religiosos– comidas y espectáculos públicos, que a su vez generaban un gran negocio derivado del ocio prestigioso.

49 Plin., *nat.*, XIV, 28 (143). Por su afición al vino puro el emperador *Tiberius Claudius Nero* era conocido por los soldados como *Biberius Caldius Mero* (“bebedor de vino puro caliente [o abundante]”), según Suetonio (*Tib.*, 42). Aparte de la emulación de los poderosos, debió influir en la creciente apreciación del vino la buena opinión que sobre el mismo tenían los médicos, sobre todo griegos, llamados οἰνοδοῦται (oimodotai o suministradores de vino). Cfr. Cristofori, 2008 y Zumbo, 2008.

50 García Vargas, 2004, 508-509.

45 García Vargas, 2010b.

46 García Vargas, 2010a.

47 García Vargas – Ferrer Albelda – García Fernández, 2008.

las manifestaciones externas que la arqueología nos ha dejado. Este emperador impulsó de forma notable el comercio *annonario* (para abastecer a la plebe romana y al ejército), de lo que tenemos constancia especialmente en relación con el trigo, que empezaba a ceder su puesto en las sementeras ante la vid en Italia⁵¹, especialmente en 51, cuando, tras ser asediado en el foro por la multitud hambrienta cuando no quedaban en la *Urbs* provisiones para más de quince días, prometió beneficios seguros a los hombres de negocios (*negotiatores*), haciéndose él cargo de las pérdidas que les pudieran ocasionar las tormentas, y aseguró a los que construyeran navíos para realizar este comercio grandes beneficios en forma de privilegios fiscales⁵². Además, y ello es especialmente interesante para esta zona, llevó a cabo la conquista de *Mauritania* (comenzada bajo Calígula) y de *Britania* sacando los suministros de la parte que le resultaba más apropiada para ello, como era la Bética. Como consecuencia de ello la economía experimentó una notable transformación especialmente en el valle del *Baetis*. No debemos de olvidar que el Estado fue el motor de la vida económica, al ser el único que podía fabricar dinero de curso legal sin que apenas tuviese aún, como hoy, el carácter de deuda generada por las entidades financieras.

El aumento notable de las compras estatales, realizadas mediante subastas, para atender tanto los abastecimientos (*annonae*) civiles de Roma como los militares – como atestigua la Arqueología –, supuso necesariamente un aumento y complejidad de los elementos que las habían de realizar. En principio, dado el carácter doméstico del jefe militar del imperio, se encargaron de este tema tanto sus libertos como personal adscrito a la milicia, los *beneficarii*, dependientes de los *procuratores*⁵³. Posiblemente fueran estos también los que se encargasen en las provincias (la Bética en este caso) de organizar las compras de la forma señalada. Las ciudades, como centro de administración, lograron con ello un buen desarrollo, evidenciado igualmente por la arqueología.

El alto grado de urbanización logrado, sobre todo en las zonas de más fácil acceso por medio de la navegación (tanto exterior como interior, puestas en contacto) implicaba en la zona una división del trabajo que hacía recurrir con frecuencia a compras de lo necesario en pequeñas cantidades, lo que suponía la necesidad de moneda divisionaria que evitase acudir a la plata y, más

aún, al oro, reservados para las inversiones principales (sobre todo en tierra) y para el comercio de lujo, además de para su tesaurización como metales de prestigio (especialmente el oro, de carácter inalterable).

La demanda interregional, alentada por el Estado y aprovechada por los comerciantes individuales a su sombra, supuso para la zona productora del aceite demandado por la civilización romana, bueno y abundante (y por ende más barato), un fuerte cambio socioeconómico. La tendencia autárquica de la época anterior comenzó a deshacerse, al producirse la aludida división del trabajo mediatizada por el mercado⁵⁴. Aunque en términos generales podemos decir que la economía de mercado siguió siendo periférica para los campesinos, pues producía más valores de uso que de cambio, en lugares como éste que ahora analizamos fue surgiendo, en la costa y en algunos sitios próximos al río hecho navegable, una extraordinaria concentración de la producción de mercancías manufacturadas, organizada en unidades de explotación familiar en principio y dirigida al mercado interregional. Así, los alfares suburbanos de antes fueron siendo suplantados por los establecidos en un campo donde la seguridad, bajo el régimen imperial, se había hecho más fuerte.

Y es precisamente ahora, desde aproximadamente mediados del siglo I (época claudia) cuando se empieza a difundir la costumbre de sellar las ánforas olearias y se nos muestra una disociación entre los *tria nomina* que con frecuencia aparecen en genitivo – caso que indica la pertenencia – grabados sobre las ánforas⁵⁵ y los rótulos pintados que, en ocasiones y siempre fuera de los lugares de producción, las mismas han conservado. Ello parece implicar una clara separación entre productor del ánfora y dueño (o comerciante) del aceite envasado.

Debemos tener en cuenta que la ausencia de un crédito barato y abundante – dado que los bancos existentes eran más bien de depósitos y de servicios que de inversión (limitada a los particulares que tenían, eso sí, sus depósitos en los bancos a los que estos les prestaban sus servicios, pero que no disponían del dinero ajeno como hoy) –, cuando se producían malas cosechas – lo que suele ser frecuente – los pequeños campesinos se veían seriamente afectados, contrayendo deudas⁵⁶ y convirtiéndose

54 Seguimos en estos planteamientos, adaptándolos en adelante, el pensamiento de Kriedte – Medick – Schlumbohm, 1986, relativo a las características de las sociedades preindustriales.

55 Chic, 2001, 444.

56 El hecho de que los tributos se pagasen ahora en dinero y no en especies debió contribuir a la ruina de los pequeños, que eran sobre los que los grandes, contratados como recaudadores locales, normalmente hacían recaer el mayor peso impositivo.

51 Tac., *ann.*, XII, 43.

52 Suet., *Claud.*, XVIII, 2-19. Hemos tratado este asunto en varias ocasiones, empezando por nuestro trabajo de 1988.

53 Carreras, 2002, 82.

en víctimas de la usura de los grandes, que se encontraban así favorecidos en las épocas de crisis (no sólo disponían de dinero líquido sino también podían guardar las cosechas para especular con ellas). Los pequeños propietarios, presos de las deudas, generalmente no tenían más remedio que vender parte de su patrimonio. No es de extrañar por tanto la concentración de la propiedad en la época de Claudio, con el crecimiento de la *villa* que evidencia la arqueología de la zona del Genil y de los alfares industriales dependientes de ellas⁵⁷.

Esto debió influir también en la necesidad de separarse de la simple producción agrícola para buscar un complemento trabajando en explotaciones industriales propias o, con cada vez mayor frecuencia, en los alfares ajenos productores de envases demandados por el comercio, aunque la base agraria siguió siendo un amortiguador contra los efectos de la subida de los precios. Debemos tener en cuenta que la producción de manufacturas –en contraste con las exigencias de la agricultura– se basaba en un proceso dominado por la intensidad del trabajo. Lo que nos lleva a otro punto interesante en la transformación que se está acelerando en esta época: el hecho de que cada vez se vaya valorando mejor la fuerza laboral libre, frente a la esclava, como consecuencia del desarrollo del mercado, aunque éste fuera inducido por el Estado como vemos aquí.

El hecho de que se eleve el nivel de comodidad en las ciudades y que desde ellas se manejen los negocios de los señores importantes, va haciendo que estos se vean cada vez en mayor medida inducidos al absentismo de los campos, como señala con amargura Columela⁵⁸. El esclavo, dejado a su aire, produce poco, y los encargados libres puestos al frente por el amo, como dice el autor gaditano, tienden a trabajar más para sí que para aquellos a quienes sirven⁵⁹. Por ello, ya desde la época de Augusto, los jurisperitos hablaban de los *servi quasi coloni*⁶⁰, o sea de los esclavos a los que se dejaba una porción de tierra para que la labrasen a cambio de un porcentaje de la cosecha (un tercio normalmente en el caso del aceite). El esclavo iba subiendo así en su consideración al convertirse en una especie de socio aparcerero de su amo, en tanto que los hombres libres, a los que se dejaba igualmente tierras en el mismo régimen de explotación, iban interiorizando el concepto de trabajo por cuenta ajena como algo positivo. A la fuerza ahorcan, se dice.

Iba surgiendo así un cierto semiproletariado industrial rural (en principio la industria manufacturera era un complemento de las labores agrícolas) al tiempo que los pagos en especie comenzaban a destruirlo. Todavía estamos en los comienzos del proceso, cuando apenas es perceptible, pero puesto que el colonato aparcerero exige una protección de sus trabajadores (convertidos en la práctica –no legalmente– en pequeños propietarios) por parte de los señores para que les rindan, ello incide en la disminución de los pagos en dinero al tiempo que aumentan los pagos en especies (productos o jornadas laborales (*operae*)), lo que dificulta una mayor explotación laboral de los proletarios que es la que hacía rentable la industria manufacturera. Ello se tenderá a paliar, con el paso del tiempo, con la participación de los colonos en las industrias alfareras, como tenemos atestiguado en esta zona para una etapa más avanzada⁶¹. De todas formas, en este caso y frente a lo que sucede en la agricultura, la rentabilidad para los inversores debió ser menor en el caso de la industria alfarera, tan presente aquí. Pero aún no se había manifestado el fruto de tales semillas.

Ya a finales del gobierno de Claudio había algunos síntomas del agotamiento del sistema personalista planteado por Augusto. Pero habría de ser con Nerón cuando esos signos se hiciesen más palpables hasta poner en crisis a la dinastía Julio-Claudia a la que pertenecía. Cuidó –en lo que a nosotros nos interesa ahora– el sistema de abastecimientos, aumentando las exenciones a los armadores que pusiesen buena parte de su capital en servir al Estado con sus barcos para atender a la *Annona*: sólo no se contarían como bienes declarables al realizar el *census* los barcos puestos a disposición de la *annona*, sino que además se produciría una desgravación fiscal proporcional en el *tributum* sobre la tierra⁶². Pero la expansión económica se veía frenada por el hecho de que el único dinero de curso legal obligatorio fuese la moneda metálica, a falta de una abstracción sobre el valor cuantificado que aún no estaba madura para producirse. Por ello cuando las minas de Riotinto dieron claros síntomas de haber agotado los minerales de plata jarosítica (64 d.C.)⁶³, que desde Tiberio se habían convertido en la

61 Para el siglo II encontramos ya aglomeraciones industriales o factorías (*coloniae*) en la *Tabula* de Veleya, que en la *suscriptio* 14, realizada por P. Albio Secundo, nos habla del *fundum Iulianum cum figlinis et coloniis (novem)*. Véase Criniti, 1991, 113.

62 Tac., *Ann.*, XIII, 51. Por primera vez asistimos a la exención provisional de los impuestos sobre la tierra de los armadores de forma proporcional al servicio prestado, señal de que las simples compensaciones económicas estatales por el trabajo prestado no eran buenas y/o realizadas a tiempo. Cfr. Chic, 1988, 55, y 183 n. 135; y 174.

63 Chic, 2007.

57 Durán – Padilla, 1991.

58 Colum., I, *Praef.*

59 Colum., I, 7, 1; 3 y 6.

60 Dig. XXXIII,7.12.3.1.

base de los denarios romanos, se produjo una grave crisis de confianza que ni siquiera las medidas devaluatorias y favorecedoras del comercio mediante la unificación en la práctica de la moneda en todo el Mediterráneo pudieron parar. Un golpe de estado, que se comenzó a manifestar en las tierras hispanas, terminó con la vida de Nerón y con la de una forma antigua de hacer la economía.

Luego de una guerra civil de un año, Vespasiano I (69-79) inició una nueva dinastía de gobernantes en la que ejercieron el poder sucesivamente sus dos hijos del mismo *nomen*: Tito (79-81) y Domiciano (81-96), que intentaron frenar la decadencia con fuertes medidas de control económico en medio de una centralización del Estado acentuada y de su conversión más clara en un sistema palaciego de corte más oriental. Se fijó ya de forma patente un sistema burocrático, dejando a un lado la política de control “familiar” que los Julio-Claudios habían desarrollado. Una *militia* no dedicada a la acción guerrera pero a su servicio, jerarquizada, constituiría en adelante el eje de la administración en lugar de los libertos de la casa imperial, cuya importancia decaía en una sociedad ya menos esclavista. Se procuró sanear las finanzas estatales, tanto con la venta de bienes públicos (*subsecivva* por ejemplo en las colonias) como con una política de reorientación de las explotaciones mineras, donde el sistema de colonato aparcerero se fue desarrollando con fuerza. En *Hispania*, y en concreto en la provincia Bética, se concedió la autonomía municipal, bajo la fórmula del otorgamiento generalizado del derecho latino menor (*ius latii minus*) a todas las comunidades que no hubiesen alcanzado previamente por lo menos ese nivel.

Los pocos restos hallados de controles fiscales manifestados con pintura sobre las ánforas olearias béticas, donde los datos se van haciendo más abundantes y precisos, nos inducen a pensar que el recurso a las ventas obligatorias (*indictiones*) por parte de los productores se fueron haciendo cada vez más frecuentes, si no permanentes, a medida que el desinterés por servir a un Estado que pagaba tarde y mal se fue manifestando más evidente. Lo cierto es que –movidos por la necesidad de envases para las más abundantes entregas obligatorias– los alfares dedicados a producir ánforas olearias de tipo Dressel 20 (las típicas de la región) aumentaron notablemente en tanto que los de otras zonas, dedicadas a la producción de artículos alimenticios no sujetos a control estatal (salsas y vino sobre todo) iniciaron al mismo tiempo un fuerte declive, que pone de manifiesto que el comercio libre había dejado de funcionar con la alegría de la primera mitad del siglo, cuando la moneda de plata era más

fuerte y la acción de los banqueros también más notable. Ahora, a fines del siglo I, la decadencia progresiva del poder de los banqueros profesionales (*argentarii*) –estudiada por Andreau– habla en ese sentido antes aludido de fracaso parcial del sistema de mercado libre⁶⁴.

El retroceso de la minería y el avance de la agricultura posiblemente estén detrás del proceso municipalizador antes señalado. El *saltus* (lo que hoy llamaríamos tierra de monte), que tenía una jurisdicción distinta del *ager* o campo cultivable y que era la fuente principal de suministro de materias primas tan importantes como la madera (*materia*), fue cediendo ante las tierras dedicadas a cultivos civilizados. Debemos tener en cuenta que el crecimiento demográfico que debió acompañar a la primera fase de desarrollo económico en la zona del valle del Guadalquivir implicaba la necesidad de una expansión territorial del cultivo de cereales en detrimento del cultivo de las fibras vegetales y de los campos de pastos, praderas y bosques. No es de extrañar que Domiciano, que es quien realmente pone en práctica los proyectos municipales de su padre en la región, ordenase arrancar las vides de las provincias y la mitad de las de Italia, con objeto de favorecer los cereales, aunque luego no se llegase a realizarlo del todo⁶⁵, debido sobre todo al fuerte carácter religioso que siempre rodeó al vino⁶⁶. La citada proliferación de mosaicos de tema báquico en la región es una prueba evidente de ello. Pero lo cierto es que, sea por la causa dominante que fuera, el comercio interregional del vino se derrumbó. Los alfares de la región fluvial dejaron de fabricar ánforas vinarias y se limitaron a las olearias, aunque ampliaron al mismo tiempo, a veces, la producción a un artículo que empieza a tomar auge ahora en las construcciones: el ladrillo.

Cuando aumenta el gasto y no los ingresos con la simple explotación laboral interior, hay que volver los ojos una vez más a la expansión exterior con vistas a la obtención de botín. Domiciano ya había intentado apropiarse de la región minera rica en oro y plata de *Dacia* (Rumanía) pero no logró grandes avances y perdió el

64 Andreau, 1986.

65 Suet., *Dom.*, VII,2. *Phil. Vit. Soph.*, 519. Desgraciadamente no poseemos para esta zona estudios como los realizados en el territorio italiano de Cosa, que han permitido establecer el paso del cultivo intensivo (vides) al extensivo (grano y pastos), a fines del siglo I y comienzos del II d.C. Véase Celuzza – Regoli, 1982, 46.

66 Ha pasado desapercibido el sentido religioso del texto que nos refiere Suetonio (*Dom.*, XIV, 2), en griego, lanzado como maldición que aterrorizó al emperador: “*Aunque me comas hasta la raíz, produciré aún bastantes frutos como para hacer libaciones sobre ti, macho cabrío, cuando vayas a ser sacrificado*”. Evidentemente hace referencia a un rito orgiástico, manifestando el descontento popular.

trono en medio de una importante recesión económica que, como en el caso de Nerón, tiene su reflejo en los pecios de barcos de carga encontrados en el Mediterráneo⁶⁷. Sí lo va a conseguir un hispano, Marco Ulpio Trajano (98-117), descendiente de una familia de *Italica* (Santiponce, Sevilla) de las que se habían hecho imprescindibles en los círculos del poder imperial por su riqueza y fuertes clientelas. La expansión buscada en Oriente intentando, mediante la ocupación de *Mesopotamia* (Irak), entrar en contacto con el Imperio Chino de los Han⁶⁸ para potenciar una de las fuentes principales de Roma como era el comercio exterior de lujo, resultó al final un fracaso pese al éxito militar inmediato, por lo que su sucesor y pariente, Hadriano (117-138), hubo de dar marcha atrás e intentar de nuevo, como antaño los Flavio, restaurar las finanzas estatales mediante el incremento de la explotación laboral interior. Algo que, desde luego tampoco había abandonado Trajano, fuerte impulsor de la economía aparcerera de colonos en las fincas imperiales, sobre todo en los *saltus*, que fueron dedicados tanto a la agricultura como a la minería (manteniendo en ambos casos su extraterritorialidad jurisdiccional frente a los municipios vecinos). Es evidente que la economía dejó de decaer momentáneamente en el primer tercio del siglo II, y se siguieron reparando las vías de la región como síntoma de que se intentaba mantener una buena actividad. Pero los miliarios que atestiguan estas obras desaparecen ya en la época de Hadriano. Las alfarerías del valle del Guadalquivir y del Genil siguen produciendo ánforas olearias, pero la situación, mantenida siempre por las compras estatales (pues deja de haber vestigios importantes de estos envases en zonas exteriores que no son de acción directa del Estado), es de estancamiento en medio de una economía cada vez más intervenida y fiscalizada⁶⁹. El reinado de Antonino Pío (138-161) fue el último en que hubo todavía una sensación de calma tensa, sin que hubiera grandes cambios de los que tengamos constancia en esta región. Las ánforas de aceite siguen llegando a las fronteras (*limes*) occidentales y llenando esa fabulosa escombrera de Roma, formada con al menos unos veinticinco millones de tiestos desechados por la *Annona* (de hecho se conoce como Testaccio) la inmensa mayoría de los cuales son de contenedores de aceite béticos. Los cambios que se van percibiendo en la composición de las marcas de ánforas de la zona parecen testimoniar las transformaciones que se están produciendo

do en la situación socioeconómica, con la eclosión de las grandes familias (*honestiores, potentiores*) cada vez más distinguidas de la población humilde (*humiliores*).

Dicha calma relativa terminó cuando una serie de circunstancias coyunturales marcaron una situación de no retorno para las estructurales⁷⁰. Ello sucedió durante el gobierno de Marco Aurelio Antonino (161-180). La guerra defensiva se produjo en todos los frentes. Al principio fue la necesidad de frenar al reino parto en el Este, que se complicó además con una epidemia de peste que se extendió desde China⁷¹ hasta el extremo occidental del continente Euroasiático. Continuó después –en un momento ya de desmoralización, que acompañó a la crisis demográfica y que tendrá su efecto en la difusión rápida de nuevas ideas religiosas salvadoras (el cristianismo sobre todo)– con la ruptura de la paz en la frontera del Danubio, donde la presión de los marcomanos obligó a dos nuevas guerras defensivas (167-175 y 178-180) que terminaron hundiendo al Imperio en la ruina al tener que desviar todos los esfuerzos económicos hacia lo principal inmediato (contener las invasiones) obligándole a dejar de lado las inversiones en los elementos productivos básicos, como por ejemplo la atención al mantenimiento de las infraestructuras mineras profundas, de las que se había hecho cargo ya Augusto en su afán de evitar la intervención de grandes compañías de *publicani*. No es desde luego una casualidad lo que atestiguan tanto los hielos del Ártico como la arqueología: por doquier cierran las minas no superficiales y la moneda de plata pierde gran parte de su valor metálico, comenzando –en medio de una gran inflación antes desconocida– un rápido declive del denario –el tradicional medio de cambio del comercio– que habría de llevar a su desaparición a lo largo del siglo siguiente. Si a ello le añadimos en la Bética la invasión que los moros (*mauri*) llevan a cabo por el Sur, es fácil comprender por qué esta época marca una ruptura casi total con las estructuras que se habían mantenido en esta zona, mal que bien, durante dos siglos. La inseguridad, tanto por las guerras como por el desarrollo del banditaje como consecuencia de la crisis económica, afectó a la producción y hundió la comercialización interregional y exterior, arrastrando consigo la importancia de las ciudades. Comenzaba una nueva era en la que todo –las estructuras económicas, políticas, religiosas e incluso artísticas– iba a tomar un nuevo rumbo, que conocemos como Edad Media.

En lo que a nosotros nos interesa ahora, tenemos que resaltar que las *indictiones* o ventas obligatorias para los

67 García Vargas, 1998, 398-399.

68 McLaughlin, 2010, 129-130.

69 Chic García, 1988, 57-64.

70 Chic García, 2007b.

71 McLaughlin, 2010, 133.

suministros estatales fueron compensadas cada vez más irregularmente, hasta el punto de que la *annona* se convirtió en el nombre de un impuesto en especies⁷². El fenómeno de concentración de la riqueza en pocas manos parece haber continuado, a juzgar por los indicios que nos proporcionan las marcas de las ánforas de los talleres de la zona, que muestran que, al parecer, los talleres habían reducido su número.⁷³ Esto puede encontrar cierta explicación en el hecho de que, al hacerse irregulares o inexistentes los pagos a los *diffusores olearii* (envasadores, con sede al menos en *Hispalis*⁷⁴, que encaminaban el aceite del Estado hacia donde éste lo necesitaba⁷⁵), los talleres a los que estos demandaban su producción dejarían de ser económicamente rentables. Por ello sólo los muy ricos (*potentiores*) llevarían a cabo esta tarea, tal vez con algún tipo de exenciones perpetuas por ello como las que se habían venido dando a los armadores (*navicularii*), que llegaron a ser muy grandes en la época de Marco Aurelio, pues tuvieron exención perpetua de las obligaciones (*munera*) municipales⁷⁶. No por casualidad es ahora cuando empezamos a oír hablar del *Kalendarium Vegetianum*, posiblemente debido al cónsul hispano *L. Mummius Niger Q. Valerius Vegetus Severinus Caucidus Tertullus*. Entendemos que ésta sería una institución destinada a complementar con sus intereses el aceite comprado por el Estado romano –recipiendario del legado– en la Bética, en línea con lo conocido en el mundo helenístico, donde la institución de la *sitonía* dependía en gran modo del evergetismo privado durante

72 Se empieza ahora a hablar de una *annona militaris* especializada, como señala Préaux, 1951. Cfr. Remesal, 1986.

73 Barea Bautista *et al.*, 2008, 135.

74 Chic García *et al.*, 2001b.

75 Estos *diffusores*, que por Columela (XII, 52. 14) sabemos que eran normalmente *mercatores*, actuaban ahora como agentes contratados por el Estado para envasar el aceite comprado por éste y ponerlo a continuación a disposición de los *navicularii* o armadores que se habrían de hacer cargo de su transporte. Es de suponer que buena parte de las transferencias del dinero se hicieran por compensación entre la administración y los arrendatarios del servicio, como se había hecho en época ciceroniana. Desaparecidas las antiguas subastas, el abastecimiento quedaba en manos de las personas ricas, dueñas de la flota abastecedora, que seguían trabajando para el Estado a cambio de unos pagos en metálico y unos privilegios fiscales. Pero la recaudación era efectuada por esos comerciantes que actuaban, no sabemos a cambio de qué (presumiblemente de un porcentaje), como recaudadores y envasadores (*diffusores*) del aceite previamente comprometido. Los comerciantes en cuestión no eran funcionarios, sino concesionarios de un servicio, como cualesquiera otros publicanos. Chic, 2009, 448. La ausencia de almacenamiento en las zonas de producción de aceite bético, puesta en evidencia por Peña, 2010, 216), lleva a pensar que se hubiese de marcar directamente las ánforas con una *R* barrada (desde Hadriano), una vez que se había producido la *diffusio*, como reconocimiento de que se trataba de una mercancía imperial.

76 Dig. I, 5. 3.

el principado⁷⁷. Las *figlinae Ceparia, Barba* y *Grumese* marcan con sellos de esta institución, que las hacían producir por medio de colonos, como también marcarán con los nombres de unos presuntos libertos del emperador Cómodo y más tarde con los de los emperadores Severos (193-235)⁷⁸.

Lo cierto es que la reducción del número de alfares va pareja con la desaparición de los citados *diffusores* y con la aludida aparición de los emperadores como fabricantes de las ánforas en determinados alfares. Estos se harán cargo también del proceso de *diffusio*, que tras ellos pasará al despersonalizado Fisco Imperial (*Fisci patrimonii provinciae Baeticae*, dirán los rótulos). Y si esto pasa con productos intervenidos por el Estado, es de imaginar lo que ocurría con aquellos que podríamos denominar de venta libre⁷⁹.

La situación de las finanzas estatales no iba a mejorar apenas en la primera mitad del siglo III en que tenemos atestiguada la actividad de los alfares productores de ánforas de esta zona, de modo que apreciamos pocos cambios. Salvo en el hecho de que, en la época de Severo Alejandro (222-235) se va a intentar volver a algún tipo de *diffusio* privada⁸⁰. En 259 Póstumo es proclamado emperador en las provincias de Galia, Hispania, Germania y quizás Britania, mientras que Roma permanecía fiel al emperador Valeriano y a su hijo Galieno (253-268). El monte Testaccio –cuya logística se había vuelto ya incómoda– deja de recibir las ánforas que acostumbraba. La comercialización del vino y del aceite se iba a hacer en un área bastante más restringida.

BIBLIOGRAFÍA.

- ANDREAU, J., 1986: “Declino e morte dei mestieri bancari nel Mediterraneo occidentale (II-IV d.C.)”, en: *Società romana e Impero tardoantico*, vol. I, Bari, 606-615 y 814-818.
- BAÑOS SERRANO, J., 2005: “La singularidad del olpe de Alhama de Murcia. Cultos fálicos y fecundidad de la tierra en el valle del Guadalentín”, *Revista Murciana de Antropología*, 12, 133-144.

77 Chic, 1996, 255.

78 Chic, 2001a, 134-137.

79 Chic, 1998, 26: “De los 58 alfares productores de ánforas olearias del valle medio del Guadalquivir cronológicamente controlados trabajan a comienzos del siglo III 32, lo que supone bajar del 75 % del siglo anterior al 55 %. ¿Concentración de la propiedad? ¿Baja de la producción global? Posiblemente un poco de todo ello. Por otro lado, entre los alfares de la Bahía Gaditana, destinados a producir otros tipos de ánforas, el porcentaje descende ahora al 7’8 % [Estos últimos habían pasado con anterioridad del 86’8 % del total conocidos en el siglo I al 57’8 % en el II]”.

80 Véase Chic, 1988, 70-71.

- BAREA BAUTISTA, J. S. – SOLÍS SILES, J. – MORALES DÍAZ, J., 2008: *Figlina Scalensia. Un centro productor de ánforas Dressel 20 de la Bética*, Barcelona.
- BARNARD, H. – DOOLEY, A. N. – ARESHIAN, G. – GASPARYAN, B. – FAULL, K. F., 2010: “Chemical evidence for wine production around 4000 BCE in the Late Chalcolithic Near Eastern highlands”, *Journal of Archaeological Science*, XXX, 1-8.
- BATAILLE, G., 1997: *El erotismo*, Barcelona.
- BAYET, J., 1984: *La religión romana. Historia política y psicológica*, Madrid.
- BERMEJO BARRERA, J. C., 1983: *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid.
- BLOCH, M., 1992: *Prey into Hunter. The Politics of Religious Experience*, Cambridge.
- BOHR, N., 1988: *La teoría atómica y la descripción de la Naturaleza*, Madrid.
- CAMPILLO, A., 1996: “Introducción” al libro de G. Bataille, *Lo que entiendo por soberanía*, Barcelona.
- CAROTTA, F. 2009: “Orfeo Báquico: la cruz desaparecida”, *Isidorianum*, 35, 179-217.
- CARRERAS MONFORT, C., 2002: “The Roman military supply during the Principate transportation and staples”, en: P. Erdkamp (ed.), *The Roman Army and the Economy*, Amsterdam, 70-89.
- CELUZZA, M. G. – REGOLI, E., 1982: “La valle d’Oro nel territorio di Cosa”, *DArch*, 1, 31-62.
- CHADWICK, J., 1996: *Lexicographica Graeca. Contributions to the lexicography of Ancient Greek*, Nueva York.
- CHIC GARCÍA, G., 1988: *Epigrafía anfórica de la Bética. II. Los rótulos pintados sobre ánforas olearias. Consideraciones sobre la Annona*, Écija.
- CHIC GARCÍA, G., 1991: “Economía y política en la época de Tiberio. Su reflejo en la Bética”, *Laverna*, 2, 76-128.
- CHIC GARCÍA, G., 1996: “Producción y comercio en la zona costera de Málaga en el mundo romano durante la época altoimperial”, en: F. Wulff – G. Cruz Andreotti (edd.), *Historia Antigua de Málaga y su Provincia*, Málaga, 245-266.
- CHIC GARCÍA, G., 1997: *Historia económica de la Bética en la época de Augusto*, Sevilla.
- CHIC GARCÍA, G., 1998: “Espacio, tiempo y agricultura en la Andalucía romana”, *Espacio y Tiempo*, 11-12, 9-26.
- CHIC GARCÍA, G., 2001a: *Datos para un estudio socioeconómico de la Bética (Las marcas de alfar sobre ánforas olearias)*, Écija.
- CHIC GARCÍA, G. – GARCÍA VARGAS, E. – ROMO SALAS, A. S. – TABALES RODRÍGUEZ, M. A., 2001b: “Una nueva inscripción annonaria de Sevilla: *M. Iulius Hermesianus, diffusor olei ad annonam Urbis*”, *Habis*, 32, 353-374.
- CHIC GARCÍA, G., 2007a: “La Zona Minera del Suroeste de Hispania en Época Julio-Claudia”, en: J. A. Pérez Macías – A. Delgado (edd.), *Las Minas de Riotinto en época Julio-Claudia*, Huelva, 11-34.
- CHIC GARCÍA, G., 2007b: “Marco Aurelio y Cómodo: El hundimiento de un sistema económico”, en: G. Chic García (dir.), *Perdona nuestras deudas. Economía de prestigio versus Economía de Mercado, II*, Sevilla, 169-185.
- CHIC GARCÍA, G., 2009: *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad*, Tres Cantos.
- CLASTRES, P., 1981: *Investigaciones en antropología política*, Barcelona.
- CRINITI, N. 1991: *La Tabula Alimentaria di Veleia*, Parma.
- CRISTOFORI, A., 2008: “Menecrate di Tralles, un medico greco nella Lucania romana” en: G. De Sensi Sestito (ed.), *L’arte di Asclepio: medici e malattie in età antica. Società antiche*, Soveria Manelli, 71-104.
- DARAKI, M.^a, 2005: *Dioniso y la diosa Tierra*, Madrid.
- DE SANTIS, G., 2009: “Persas de Esquilo: género, historia y discurso”, en: *IV Congreso Internacional de Estudios del Discurso*, Universidad Nacional de Córdoba (en internet).
- DOMÍNGUEZ MORANO, C., 2001: “Místicos y profetas. Dos identidades religiosas”, *Proyección: Teología y mundo actual*, 203, 339-366.
- DURÁN RECIO, V. – PADILLA MONGE, A. 1991: *Evolución del poblamiento antiguo en el término municipal de Écija*, Écija.
- ERNOUT, A. – MEILLET, A. 2001: *Dictionnaire etymologique de la langue latine*, París.
- FISHER, N. R. E., 1992: *Hybris. A Study in the Values of Honour and Shame in Ancient Greece*, Warminster.
- FORD RUSSELL, B. 2003: “Wine, women, and the polis: gender, and the formation of the city-state in archaic Rome”, *Greece & Rome*, 50, 1, 75-84.
- FREUD, S., 1981 [1930]: *El Malestar en la Cultura*, Madrid.

- GARCÍA, O., 1989: *Baco en Hispania. Economía y religión. A través de las fuentes epigráficas, arqueológicas y literarias*, Madrid.
- GARCÍA VARGAS, E., 1998: *La producción de ánforas en la bahía de Cádiz en época romana (siglos II a.C.-IV d.C.)*, Écija.
- GARCÍA VARGAS, E., 2004: "Las ánforas de vino bético imperial: formas, contenidos y alfares a la luz de algunas novedades arqueológicas", en: D. Bernal – L. Lagóstena (edd.), *Figlinae Baeticae*, Oxford, 507-514.
- GARCÍA VARGAS, E. – FERRER ALBELDA, E. – GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J., 2008: "La romanización del bajo Guadalquivir: ciudad, territorio y economía (siglos II – I a. C.)", *Mainake*, XXX, 247-270.
- GARCÍA VARGAS, E., 2010a: "Formal romanisation and the atlantic projection of amphorae from the Guadalquivir Valley", en: C. Carreras – R. Morais (edd.), *The Western Roman Atlantic Façade: A Study of the Economy and Trade in the Mar Exterior from the Republic to the Principate* (BAR, Int. Ser. 2162), Oxford, 55-65.
- GARCÍA VARGAS, E., 2010b: "Anforas béticas de época augusteo-tiberiana, una retrospectiva", en: A. M^a Niveau De Villedary – V. Gómez Fernández (coords.), *Las necrópolis de Cádiz. Apuntes de arqueología gaditana en homenaje a J. F. Sibón Olano*, Cádiz, 581-622.
- GARRIGUET MATA, J. A., 1997: "El culto imperial en las tres capitales provinciales hispanas: fuentes para su estudio y estado actual del conocimiento", *AnCórdoba*, 8, 43-68.
- GIL VILLEGAS, F., 1955: "Introducción del editor", en: M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid.
- GODELIER, M., 1998: *El enigma del don*, Barcelona.
- GRIVETTI, L. E., 2000: "Wine: The Food with Two Faces", en: P. E. McGovern – St. J. Fleming – S. H. Katz (edd.), *The Origins and Ancient History of Wine. Food and Nutrition in History and Anthropology*, Amsterdam, 7-21.
- HALL, E. T., 1989: *El lenguaje silencioso*, Madrid.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, J. de D., 2005: "Ánforas vinarias en la necrópolis de incineración de Águilas. El uso del vino en los rituales funerarios romanos", *Revista Murciana de Antropología*, 12, 101-117.
- IRIARTE, A. 1996: *Democracia y tragedia: la era de Pericles*, Los Berrocales del Jarama.
- JIMÉNEZ FLORES, A. M.^a – GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J., 2006: "In vino humanitas (y II): vino y cultura en la Turdetania prerromana", *Habis*, 37, 125-144.
- JORDÁN MONTES, J. F., 2005: "Notas de campo sobre el uso del vino y de la vid en las comunidades campesinas tradicionales del Alto Segura", *Revista Murciana de Antropología*, 12, 373-385.
- KERENYI, K., 1999: *La religión antigua*, Barcelona.
- KRIEDTE, P. – MEDICK, H. – SCHLUMBOHM, J., 1986: *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona.
- McLAUGHLIN, R., 2010: *Rome and the Distant East. Trade Routes to the ancient lands of Arabia, India and China*, Londres.
- MAFFESOLI, M., 1996: *De la orgía. Una aproximación sociológica*, Barcelona.
- MATTINGLY, D. J., 1996: "First fruit? The olive in the Roman world", en: G. Shipley – J. Salmon (edd.), *Human landscapes in Classical Antiquity. Environment and Culture*, Londres-Nueva York, 213-253.
- MOLINA GÓMEZ, J. A., 2005: "El vino en la religión de los Padres", *Revista Murciana de Antropología*, 12, 145-158.
- NAVARRO, F. J., 2000: "La presencia del emperador en las ciudades de la Hispania romana", en: C. Castillo – F. J. Navarro – R. Martínez (edd.), *De Augusto a Trajano. Un siglo en la historia de Hispania*, Pamplona, 33-55.
- NIETZSCHE, F. 1969⁵ [1872]: *El origen de la tragedia*, Madrid.
- NILSSON, M. P. – CROON, J. H. 1976²: *The Oxford Classical Dictionary*, s.v. Dionysia, 350.
- PEÑA CERVANTES, Y., 2010: *Torcularia. La producción de vino y aceite en Hispania*, Tarragona.
- PRÉAUX, C., 1951: "Ostraka de Pselkis de la bibliothèque Bodléenne", *Chronique d'Égypte*, 26, 126-129.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J., 1986: *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid.
- RONCHI, R. 1996: *La verdad en el espejo. Los presocráticos y el alba de la filosofía*, Los Berrocales del Jarama.
- SANTAPAU PASTOR, M.^a C., 2005: "La impronta simbólica de Líber Pater en los rituales y el consumo de vino en Hispania romana. El caso de Segobriga", *Revista Murciana de Antropología*, 12, 119-123.

- SCHMITT PANTEL, P., 1995: "Rite culturel et rituel social: à propos des manières de boire le vin dans les cités grecques", en: O. Murray – M. Tecusan (edd.), *In vino veritas*, Oxford, 93-105.
- SETARI, E., 2010: "Dionysus, Wine and Symposium in Greece and Magna Graecia", en: G. di Pasquale (ed.), *Vinum Nostrum: Art, Science and Myths of Wine in Ancient Mediterranean Cultures*, Firenze, 106-109.
- SPANIER, E., 2010: *The Good Farmer in Ancient Rome: War, Agriculture and the Elite from the Republic to Early Empire*, Tesis Doctoral, University of Washington, Ann Arbor.
- TCHERNIA, A., 1986: *Le vin de l'Italie romaine. Essai d'histoire économique d'après les amphores*, Roma.
- VEYNE, P., 1991: *Historia de la vida privada. Imperio romano y antigüedad tardía* (colección dirigida por Ph. Ariés – G. Duby), Madrid.
- ZUMBO, A., 2008: "Osservazioni su CIL IX, 1655 e AE 1914, 164. L. Staius L. fil. Stel. Scrateius Manilianus, supremo magistrato quinquennale e figlio di un archiater della città di Benevento", en: G. de Sensi Sestito (ed.), *L'arte di Asclepio: medici e malattie in età antica. Società antiche*, Soveria Mannelli, 105-128.